

frente a los viajes del «gentleman» liberal decimonónico y al excluído en las décadas recientes por ser un lastre indeseable. Todo lo cual, y sin magia alguna, recoge nuevamente la necesidad de enfoques plurivalentes para dar cuenta de los complejos procesos que rechazan una sola interpretación y un solo canal de recepción.

Un proceso no del todo disímil se está dando con la creciente y merecida atención otorgada al análisis de algunas escritoras hispanoamericanas. De la primera etapa de identificación se ha pasado al canon de la crítica feminista en rápido decantamiento y eficaz formación en estos últimos años.<sup>21</sup> Cambios sociales y la implementación de teorías adecuadas comienzan a dar cuenta de la especificidad de la aún debatida identificación de una «escritura femenina». La discusión encuadrada en otras literaturas nacionales está siendo trasladada al contexto latinoamericano mediante congresos y revistas especializadas. El énfasis no es meramente coyuntural; responde a cambios de percepción y a la toma de conciencia del espacio que ocupa la mujer en sus múltiples funciones sociales.

Otra medida de las transformaciones literarias nada coyunturales destinadas a integrar una lectura específica a las exigencias de la historia y del público, se obtiene mediante la consideración de la «literatura testimonio» —vista antes en un continuo más específicamente político— tal como lo desarrollaran de diferentes modos escritores tan disímiles como Rodolfo Walsh y Miguel Barnet y cuyas dimensiones subyacen, por ejemplo, a una de las vertientes de la obra de Elena Poniatowska. La crítica recién ha iniciado la tarea de interpretación procesos de producción que atraviesan varias categorías formales moldeándolas a su propia necesidad y semejanza, y de estudiar la alternativa que ofrecen estos textos a los rubros oficiales de los géneros literarios. Se suma a ello la posibilidad de hilvanar esta producción con la transparente inmediatez que caracterizara a las crónicas de la Colonia: ineludibles apuestas, quizás, a la intervención literaria en la organización de mundos que exceden a la palabra.

La injerencia de las transformaciones sociales en los análisis contemporáneos también se registra en la enseñanza del teatro como texto escrito. Es necesario subrayar que éste constituye una zona crítica relativamente «nueva» y que ello condiciona ciertas apreciaciones.<sup>22</sup> Si bien el teatro parece ser el que menos ha absorbido los planteos teóricos que frecuentan las lecturas de la narrativa y la poesía, las opciones que surgen al enfrentar el teatro burgués y, por ejemplo, el teatro de creación colectiva, ya refuerzan los argumentos que abogan por una mayor exploración del instrumental crítico utilizado hasta la fecha. La oscilación constante entre representación y lectura obliga a la interacción del texto con las condiciones sociales, especialmente en casos recientes en que la censura y la represión se transformaron en partícipes de la cotidianeidad teatral («Teatro abierto» en la Argentina es un caso excepcional).

<sup>21</sup> *Las dimensiones de este proceso se notan en el caudal informativo y analítico en Lynn Cortina, Spanish-American Women Writers: A Bibliographical Research Checklist, New York and London, Garland, 1983; caudal que ha arreciado desde esa fecha.*

<sup>22</sup> *El índice de Latin American Theater Review (Lawrence, Kansas) permite constatar estos intentos. Las publicaciones de Girol Books (Ottawa, Ont., Canadá) ya han comenzado a responder a las exigencias académicas. Conjunto (La Habana) ya suple un nutrido material de información allegado a la política cultural cubana.*

La mera enumeración de los múltiples temas y el listado de autores tratados en los últimos años escasamente ofrecería un cuadro completo del estado de nuestra disciplina, tareas que ya cumplen, además, publicaciones especializadas. Si por un lado el volumen de páginas vertidas no garantiza de por sí un mayor aporte al conocimiento de nuestras literaturas, por otro lado corresponde señalarlo como indicio de la creciente profesionalización de esta tarea. Indudablemente hay páginas fácilmente descartables, pero existe un corpus muy significativo de estudios que atraviesa todo segmento de la historia literaria y que se impone como material de consulta obligatoria. Frente a prácticas reiterativas y, como se ha señalado, a la insistencia en un número relativamente reducido de autores, también se han publicado en los últimos años importantes estudios sobre literatura colonial, desde el descubrimiento y constancia de materiales abandonados hasta análisis exhaustivos de algunos cronistas y de selectas figuras insignes del barroco.<sup>23</sup> Es difícil determinar si el renovado interés por la colonia parte de algunas afinidades con modalidades narrativas contemporáneas —o precisamente de su agotamiento— o si constituye una toma de conciencia de la necesidad de explorar metódica y científicamente los orígenes americanos. Preguntas similares podrían ser formuladas —cabe reconocerlo— en torno a los renovados debates sobre las literaturas nacionales; sobre las culturas mestizas; sobre la ideología que sustentaron los intelectuales que participaron en la formación de las repúblicas liberales y en proyectos de formación nacional posteriores; sobre los experimentos de la vanguardia poética en sí y su repercusión más reciente; sobre la poesía como ruptura constante ante sí misma; sobre la dispersión de las voces y los textos a partir de situaciones límite frente a otras experiencias represivas en las comunidades negras, mestizas e indias de diferentes regiones del continente, y los más recientes devaneos sobre la identidad de las comunidades de origen

<sup>23</sup> *El interés en Sor Juana se mantiene incesante. A los múltiples artículos que analizan segmentos parciales de su producción, corresponde agregar —para marcar sólo dos líneas— la tarea bibliográfica de Francisco de la Maza, comp., Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia: Biografías antiguas: La Fama de 1700: noticias de 1667 a 1892, México, UNAM, 1980; y la monumental y discutida lectura de Octavio Paz, Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, Barcelona, Seix Barral, 1982.*

*Huamán Poma de Ayala ha sido motivo de un inusitado y sostenido con excelentes resultados en, entre otros, Mercedes López-Baralt, «Guamán Poma de Ayala y el arte de la memoria en una crónica ilustrada del siglo XVII», Cuadernos Americanos, n.º 224 (1979), pp. 119-51. Volúmenes colectivos y números especiales de revistas han contribuido a la difusión de textos que aún aguardan análisis adicionales y al bosquejo de un mapa jurisdiccional provisorio. Ver, por ejemplo, Rolena Adorno, ed., From Oral to Written Expression: Native Andean Chronicles of the Early Colonial Period, Syracuse, NY, Syracuse University Press, 1982; Raquel Chang-Rodríguez et al., Prosa hispanoamericana virreinal, Barcelona, Borrás, 1978; las memorias del Congreso Internacional de literatura iberoamericana, Madrid, Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, 3 vols., dedicado al barroco americano; los números 104-105 de la Revista Iberoamericana (1978), dedicado a Irving A. Leonard. Es especialmente loable y útil la publicación de meticulosas ediciones críticas como la realizada por John V. Murra y Rolena Adorno de Felipe Huamán Poma de Ayala, El primer Nueva Corónica y buen Gobierno, México, Siglo XXI, 1980, 3 vols.*

*Es meritoriamente reconocida la contribución de la Biblioteca Ayacucho a esta amplia franja de la cultura americana con la publicación de volúmenes dedicados, por orden de publicación, al Inca Garcilaso de la Vega (por Aurelio Miró Quesada); a la literatura del México antiguo (por Miguel León-Portilla); a Juan de Miramontes y Zuázola (por Rodrigo Miró); a la literatura maya (por Mercedes de la Garza); a Francisco López de Gomara (por Jorge Gurria Lacroix); a literatura guaraní (por Rubén Bareiro Saguier); a la edición de Franklin Pease de Nueva Corónica y Buen Gobierno; a la literatura quechua (por Edmundo Bendezú Aybar); a Fray Bernardino de Sahagún (por José Luis Martínez); a Juan de Velasco (por Alfredo Pareja Díez-Canseco); a Juan Ruiz de Alarcón (por Margit Frenk); a Juan de Espinosa Medrano (por Augusto Tamayo Vargas); a Carlos de Sigüenza y Góngora (por Irving A. Leonard); a Juan del Valle y Caviedes (por Daniel R. Reedy); y a Fray Bartolomé de las Casas (por André Saint-Lu).*

hispano en Estados Unidos; sobre los callejones sin salida de ciertos experimentos y sobre los desfases de la historia y la literatura. La insistencia en planteos teóricos y en los diversos caminos de la crítica también indican un sondeo de las gamas del conocimiento que pueden aportar la lingüística, la semiótica, el deconstruccionismo o la teoría de la recepción, por ejemplo, a la vez que se hace igualmente insistente la imperiosa necesidad de descartar los clichés del momento que en ciertos teclados son meros ecos de modas más o menos pasajeras.

La necesidad de ampliar la definición de literatura, o por lo menos de aquéllo que se considera bajo la competencia del campo literario, sostenida por un núcleo importante de críticos, apunta a la escisión ya practicada entre formas literarias «superiores» aceptadas tradicional y estéticamente como tales, y la literatura popular. También del convencimiento de que «superior» y «popular» integran una zona de la cultura que abarca expresiones no-literarias y que permite el acceso a los factores que confirman que ningún texto es «un ente incomunicado». El anuario *Studies in Latin American Popular Culture* (Morris, Minnesota — Las Cruces, New Mexico) ha iniciado la demostración empírica preliminar y, a la vez, ha patrocinado la reflexión teórica a partir de ella.<sup>24</sup> La incorporación al ámbito literario del espacio de la cotidianeidad puede haber resultado de un enfoque que, siguiendo en los mejores casos a Foucault, opta por estudiar la historia intelectual y las transformaciones de las formas de relación intelectuales más que ceñirse a la especificidad del texto literario. Tal opción conlleva, evidentemente, una carga ideológica a la que no es ajena la interacción y alteración mutua del producto intelectual y el contexto social. Ello implica, a su vez, la incorporación definitiva y explícita de la crítica literaria a campos ideológicos de los que ya es parte. La expansión del concepto restringido de «lo literario», por lo tanto, también debería constituir un tema de debate sobre estética. Correspondería, además, ubicar el debate junto al análisis de las relaciones ideológicas entre clases sociales para así precisar las riesgosas ilaciones de los efectos y las causas que gobiernan a esos productos ampliamente literarios.

Al entrar en crisis la delimitación de los géneros tradicionales, al reducir (o será: ¿al ampliar?) el alcance de los productos literarios a un gran texto compaginado por la tradición que define la supervivencia de las páginas clásicas, es posible que también se produjera una apertura en otra dirección. Cuando se inaugura «Dios y Golem, Inc.», al decir de Wiener; cuando los artefactos literarios comulgan con otras expresiones de una cibernética estelar; cuando las categorías comienzan a ceder sus aristas y se ubican bajo el rubro de la «comunicación», y los experimentos sobre la página ansían llegar a otras escrituras y otras lecturas que puedan prescindir de toda tipografía, parece inevitable que también se expanda el discurso crítico para mantener siquiera una puesta al día aproximada. Cuando las radionovelas, y las tiras cómicas y los héroes de otros medios incursionan en la «formalidad literaria», le corresponde al lector pegar el salto hacia los materiales originales, y entonces ya no sólo como tributarios de la «literatura superior» sino como manifestaciones escritas para un público latinoamericano mayoritario.

<sup>24</sup> En los tres primeros números (1982-84) se nota un marcado énfasis en la amplitud abarcada por «lo popular» (fotonovelas y otras revistas, cine, afiches, tiras cómicas, música y bailes populares, etc.) y el papel que cumplen estas manifestaciones dentro, y como interpretación de, sus respectivas sociedades.

Esta actividad puede ser llevada a cabo sin elastizar el canon literario predominante hacia las manifestaciones de la literatura y de la cultura popular, y sin que este canon deba ser visto necesariamente como invariable. Para ello, sin embargo, corresponden algunas etapas previas y que aún no han merecido su debida atención. Entre ellas está la necesaria incorporación de literaturas nacionales, particularmente de Centroamérica, cuyo conocimiento sigue relegado en gran parte a su propia región. Si bien las obras de Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, y Sergio Ramírez —para tomar tres ejemplos nicaragüenses—, son consideradas con mayor detenimiento, los diversos lineamientos que componen una literatura étnica y socialmente diversificada siguen siendo patrimonio de unos pocos fuera del alcance logrado por algunas publicaciones periódicas.<sup>25</sup> Esto reduce, además, la necesidad de interrogar las causas que han acercado a la narrativa y la poesía en casos como el de Nicaragua y Cuba en sus recientes etapas nacionales, fenómeno disímil al producido en otras regiones con proyectos liberales decimonónicos. Tema, entre otros, que evidentemente requiere una particularización de los estudios pero siempre dentro de percepciones latinoamericanas globales que no descartan los diálogos constantes con otras culturas.

Es indiscutible, cabe resumir, que parte del problema radica en los mecanismos propios del mercado y la distribución, pero otra parte también se instala en las opciones de los lectores potenciales que pormenorizan segmentos de «literaturas metropolitanas» dentro de América Latina. Sin ignorar las limitaciones que afectan las tareas críticas, se puede anticipar un mayor desplazamiento hacia autores más recientes, cuya muerte no debe ser el fin anhelado para que sean aceptados como materia de estudio, y hacia aquéllos que sin haber integrado las recientes constelaciones internacionales hacen a la significación y al debate interno de sus respectivos países y zonas culturales. Comparato con Jean Franco el reconocimiento de la emergente crítica feminista basada no sólo en la primera identificación de las escritoras, sino también en el análisis de su producción sobre la base que sustentan la sociocrítica, el sicoanálisis y los mecanismos que operan dentro de la ideología de los textos, mecanismos que, por cierto, toca analizar en toda escritura. Faltará también hacer aquello que tampoco está hecho en *estas* páginas: integrar la producción hispanoamericana con las literaturas del resto de Latinoamérica.

Indudablemente persistirán las divisiones, las dicotomías, las lecturas negadas, la firmeza de la fe del creyente, los discursos tautológicos: la mirada en el espejo que pretende ver a otro ante su cara. Resulta difícil, sin embargo, instalarse en los extremos. Sin pasar a ver la literatura *sólo* como filtro o transperencia, corresponde verla como mediatización artística que *también* lleva —más allá de las funciones propias del reconocimiento y el goce del texto— a otras miradas sobre lo que alienta más allá y al margen de su presencia literaria. En este sentido, la materia que elaboramos es un ca-

<sup>25</sup> Es evidente que razones políticas han incrementado la reciente atención del exterior sobre la literatura centroamericana. Dentro de la región, sin embargo, persistía desde antes un interés primordial por irradiar un mayor conocimiento de lo propio como definición de lo nacional y latinoamericano que se nota en la proliferación de muestras antológicas y en trabajos críticos. Dos ejemplos disímiles (también en sus alientos y anhelos): Jorge Eduardo Arellano, Panorama de la literatura nicaragüense, Managua, Nueva Nicaragua, 1982 (1.ª ed., 1966); Ramón Luis Acevedo, La novela centroamericana (Desde el Pöpol-Vuh hasta los umbrales de la novela actual), Río Piedras, Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1982.